

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JUNIO—NÚM. 10 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

El gusano de seda, por M. Strum.—Salir de la tumba, por P. F.—La loca de las olas, poesia por Mercedes de Velilla.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—A Maria, poesia por Angel Arcos y Molinero.—Seccion doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

HISTORIA NATURAL.

EL GUSANO DE SEDA.

La república de las orugas, dividida en dos clases generales, una que comprende las orugas de las mariposas diurnas, y otra la de las nocturnas, se subdivide en diferentes familias, que tienen sus propiedades y sus caracteres distintivos. Una de esas familias es el gusano de seda. Este animal se compone, como los demás de su especie, de muchos anillos movibles, y está provisto de pies y garabatos para detenerse y asirse donde le acomoda. Tiene la boca guarnecida de dos órdenes de dientes maxilas, que no trabajan de ar-

riba abajo, si no de la derecha á la izquierda, y que le sirven para serrar, cortar y contornear las hojas. Por todo lo largo del gusano se percibe al través de la piel un vaso, que se hincha de tiempo en tiempo, y que hace las funciones de corazón. También tiene á cada lado nueve aberturas, que corresponden á otros tantos estigmas ó pulmones por donde se introduce el aire, y que favorecen la circulación del quilo; y debajo de la boca una especie de hilera, que por dos de sus agujeritos hace salir dos gotas de la goma de que está llena una de sus vísceras. Estos son como dos ruelas que dan continuamente la materia de que forman su hilo. Al pasar aquella goma por los agujerillos toma la forma de ellos, y se alarga en dos hilos, que de repente pierden su fluidez, y adquieren la consistencia necesaria para sostener ó para envolver á su tiempo el gusano. Junta en uno los dos hilos pegándolos con sus piés delanteros. Este hilo doble, aunque sutilísimo, es muy fuerte y de una longitud extraordinaria, pues los hay de casi novecientos treinta piés en cada capuyo: lo que da cerca de dos mil piés de hilo sencillo, cuyo peso sin embargo apenas hace dos granos y medio.

La desigualdad del aire en nuestros climas obliga á criar al gusano de seda dentro de casa, y con muchas precauciones; mas en la China,

en Turquía y en otros países cálidos, crece y vaga libremente sobre el árbol mismo que le proporciona su alimento. Las mariposas de las orugas que nos dan la seda, escogen sobre la morera un lugar propio para poner sus huevos; y en él los aseguran con aquella especie de liga ó licor glutinoso de que están provistos la mayor parte de los insectos. Estos huevecitos pasan así el otoño y el invierno sin peligro alguno; por que el modo con que están puestos y como encolados, los tiene á cubierto del hielo, que algunas veces no perdona ni aun á la morera. Encomendado este animalillo á los desvelos de una Providencia cuidadosa y tierna, no sale del huevo hasta que se ha proveído á su subsistencia, y cuando las hojas comienzan á parecer, rompe su cáscara y se tira á ellas. Entonces es de una extremada pequeñez, perfectamente negro, y su cabeza de un negro aun mas lustroso que lo demás del cuerpo. Pasados algunos dias se pone blanquecino, ó de un gris ceniciento, y en seguida se ensucia y aja su piel, de la cual se desnuda, y se presenta vestido de nuevo. Engruesa despues y toma un color mucho mas blanco, pero que tira algo á verdoso, á causa de las hojas de que hace su único alimento.

A pocos dias, cuyo número varia segun el grado de calor y la cualidad del sustento ó de su constitucion, se le ve que deja de comer, y que duerme cerca de dos dias; al fin de los cuales se agita y atormenta en extremo, y se pone casi encarnado por los esfuerzos que hace; arrúgase su piel y se plega; desnúdase de ella segunda vez, la arroja á un lado con los piés, y se pone de nuevo á comer. Entonces son tan diferentes de lo que antes eran, su cabeza, el color, y toda su figura, que se tendria por un animal distinto. Continúa comiendo todavía algunos dias; mas cae en un nuevo letargo, y al volver de él, muda otra vez de vestido; es decir, que se ha despojado de su cáscara. Sigue aun comiendo algun tiempo, y renunciando por último á todo sustento, se prepara un retiro, construyéndose él mismo con su hilo una celdilla de una estructura y belleza encantadora, y que sobre el moral que le ha servido de domicilio, parece como una manzana dorada en medio del hermoso verde que la realza: especie de fruta, si podemos decirlo así, mucho mas preciosa para el hombre que la del árbol mismo á que está asida.

Esta envoltura consiste en unos hilos de seda sumamente sùtiles. En ella sosiega con tranquilidad el insecto, libre de los insultos de sus enemigos; y al cabo de quince dias rompería el capullo para salir de él, si no se le matase expo-

niéndole á los ardores del sol ó metiéndole en un horno. Échanse despues los capullos en agua caliente; se mueven con unas ramas de escoba para sacar las puntas de los hilos, y se devana la seda en un instrumento destinado á este uso.

Así es que á un gusano debemos el lujo de nuestros vestidos; el licor de una oruga es el que da la hermosura á nuestros muebles mas preciosos. ¡Y podrás, hombre vano, ensorbecerte por la seda que te cubre!... ¡Te crerás casi de otra naturaleza que tu semejante, porque no tiene igual vestido! No pierdas de vista á quien se lo debes, y cuán poca parte tienes en esos adornos que te hacen tan presumido y orgulloso. El sabio que hace un uso razonable de los dones de Dios, considera agradecido que las cosas mas despreciables en la apariencia han sido criadas para servir á la utilidad y al adorno del hombre. Un gusano que apenas nos dignamos honrrar con una mirada, es una bendicion para provincias enteras, un objeto considerable de comercio, y un manantial de riquezas.

M. STRUM.

SALIR DE LA TUMBA.

(Conclusion.)

—¡No me creis! dijo con amargura. Ya lo veo, de la calumnia siempre queda algo, y este hombre no ha trabajado en vano.

Al decir esto se adelantó hacia la caja y la abrió, todos quedaron como deslumbrados al ver su contenido.

—¡Eso es mio! ¡mio! exclamó Bage desesperado.

Quiso hablar, pero un prolongado murmullo le impuso silencio.

Lowter le miró con expresion de lástima y compasion.

—¡Suyo! dijo en voz baja, pero bastante clara para que todos lo oyesen ¡Infeliz! ¡su locura no admite duda! Si fuese cierto, pesaria sobre él una terrible acusacion. ¿Como habian de ascender los ahorros de un simple dependiente á la cantidad de tres millones?

—¡Tres millones! exclamó el coroner,

—Tres millones! repitieron los constables y la multitud.

—Eso es lo que contiene la caja ahora, dijo Lowter modestamente, pero es la existencia regular; en veinticuatro horas puedo triplicar esa suma; en ocho dias puedo...

Una aclamacion unánime, entusiasta, le impidió proseguir; hasta el mismo magistrado gritaba y aplaudia. Los constables tuvieron que proteger á Bage, á quien la multitud trataba de ahorcar en el acto.

Conducido ante el jurado, quiso Bage defenderse. Habló de falsificacion, de suicidio, de casas de juego. ¡El banquero Lowter en una casa de juego! Esta idea pareció á todos soberanamente burlesca,—y Bage fué encerrado en una casa de locos.

Todo Londres supo la historia. Los periódicos la contaron con variantes mas ó menos graciosos bajo el mismo título que va al frente de esta verídica narracion. En la bolsa dió pábulo á la conversacion por espacio de muchos dias. El crédito de la casa recobró y adelantó mucho sus antiguos límites; la misma reclusion á qué se habia condenado el banquero, aumentó su popularidad; de modo que desde entonces fué mirado no solo como un hombre fabulosamente rico, sino como un *excentric man* lo cual en Londres vale mas aun.

Roberto pidió y obtuvo la mano de miss Ana. Los debates del proceso de Bage le demostraron hasta la evidencia que el diablo en persona se habia burlado de él en París; por consiguiente tuvo buen cuidado de callar su aventura.

Peter Lowter era el mas feliz de los hombres: la vista de su familia á quien habia salvado de una terrible desgracia, fué para él un manantial de puros y tiernos placeres: durante un mes se dió una vida de patriarca.

A los treinta y un dia se vió una magnífica cortina de niebla suspendida detrás de su ventana. Bostezó largamente y se levantó. Todo le pareció fastidioso é insípido. El viejo Toby hablaba mucho, mistress Lowter poco, Ana se hacia pedante; solo Stevenson le pareció el mismo, en lo cual no ganaba nada. En todo el dia no cesó el banquero de bostezar, por la noche se acostó temprano y se durmió bostezando: luego soñó que bostezaba.

Al ver estos síntomas reconoció el *spleen* y tomó una resolucion digna de un *gentleman*. Al dia siguiente, recibió mistress Lowter, por mano de Toby, una segunda edicion del billete mortuario que hemos copiado mas arriba.

Ocho dias despues en la fonda de Maurice resonaron dos detonaciones. En el cuarto que co-

nocemos fué encontrado Peter Lowter tendido en el suelo. Sobre una mesa estaban los restos de un opíparo almuerzo y un paquete de monda-dientes.—Una espesa niebla cubría el horizonte.

Mistres Lowter no se desesperó cuando leyó el billete; el viejo Toby guiñó el ojo, y dijo:

—El volverá.

Miss Ana Stevenson es madre de dos hijos y cuatro hijas; de las cuales la mayor es casadera. Entre tanto la casa de P. Lowter, R. Stevenson y compañía, prospera y no tiene rival en todo el mundo.—

P. F.

LA LOCA DE LAS OLAS

Cuando vá despidiéndose la tarde
Y el mar enciende con su luz postrera
El rojo sol que en el ocaso arde,
Una mujer, en cuya faz hermosa
Se refleja el dolor que la quebranta,
La playa silenciosa
Hollando vá con su insegura planta.
Parece, al verla, que su mente abruma
Oculto padecer, combate rudo,
Mientras del mar la bullidora espuma
Acariciando vá su pié desnudo.
Magnífica, á la par que desolada,
Cautiva su belleza;
No dá luz la razon á su mirada,
Y corona su frente la tristeza.
No es la azucena que se encuentra erguida,
Orgullosa tal vez de su destino;
Sino la flor caída,
Que arrastra el huracan por el camino.
Está loca ¡infeliz! Su pensamiento
El presente no vé que la rodea;
Vive tan solo en el fatal momento
En que perdió, con sin igual tormento,
Su última dicha, su postrer idea.
¡Que momento de horror! Fiero se alzaba
Á los cielos el mar, cual si cansado
El poder que su furia encadenaba,
Á sí mismo lo hubiese abandonado,
Ella, desde la orilla,

Con mirada afanosa y delirante,
Siguiendo va la mísera barquilla
Que el bien encierra de su pecho amante;
Mas ¡ay! el ser querido
En medio de las olas lucha en vano;
Ya es solamente un átomo perdido
Entre la inmensidad del Océano.
En la móvil montaña en que se mece
Ya es fuerza que sucumba;
Es el mar, en que al fin desaparece,
Antes su pedestal, despues su tumba.
Y allí está la mujer, doliente ruego
Quiere asomar á su entreabierta boca,
Mas se siente morir, y luego... luego,
El mar quedó sereno, y ella loca.
¡Pobre mujer, tan jóven y tan bella,
Perdida la razon y muerta el alma!
¡Si horrible fué la tempestad aquella,
Es horrible tambien aquella calma!
¡Infortunado sér, que cruza el mundo
Al entusiasmo y á la dicha ageno!
Del pensamiento el resplander fecundo
No puede ya triunfar de su demencia,
Y el mar, que dió sepulcro á su ventura,
Es el eterno iman de su existencia.
De la tarde á los últimos reflejos,
El hondo abismo al contemplar sombría,
Piensa ver, aumentando su agonía,
Que se pierde una barca allá á lo lejos
Mientras se extingue en el espacio el dia.
Y siguiendo una sombra que no alcanza,
Dá alguna vez al viento sus cantares,
Tristes, como el adios de la esperanza,
Vagos, como el murmullo de los mares.
Y si al morir su canto, le parece
Que una voz á la suya ha respondido,
Escucha aquella voz, que la extremece,
Muda como la imágen del olvido.
No la incierta expresion, que aterradora
En el semblante la locura imprime,
El suyo encantador presenta ahora;
Á la vez melancólica y risueña
La anima una expresion que es infinita;
¡Es vírgen ideal que siente y sueña
Y en éxtasis de amor llora y medita!
La noche llega al fin; siempre la noche
Así la encuentra, meditando á solas,

Y hablando al mar que la comprende acaso...
Ya se aleja la loca de las olas;
¡Ellas alguna vez le abrirán paso!
MERCEDES DE VEJILLA.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

CONTINUACION.

Habian pasado dos largas horas.
La media noche habia sonado ya, y todo sin embargo permanecia silencioso como una tumba, en la modesta casa de D. Diego.

Este no habia tenido quien le consolase, quien le dijera una palabra de esperanza ó resignacion.

Por una especie de instinto misterioso, los agentes de la justicia habian sentido algo de respeto ante aquella desgracia ignorada, y todo se habia llevado á cabo en silencio y sin que nadie llegara á apercibirse de aquel robo, de aquellas sospechas, de aquella prision.

Ni un vecino, ni un amigo curioso ó interesado habia llegado, pues, á compartir aquel dolor.

Solo estaba el anciano sentado en su sillón, anonadado, muribundo, llorando!

Sola estaba Luisa en su pobre lecho, sin vida, sin auxilio, delirando.

Mercedes era el sosten y el apoyo de aquellos dos pobres seres, y Mercedes no estaba allí!

La vela se habia apagado, la puerta continuaba abierta, pues nadie se habia cuidado de cerrarla.

De pronto el ruido de unas pisadas inseguras y vacilantes se dejó oír en la escalera, y se fué acercando lentamente, sin que nadie, sin embargo, se fijara en ello.

Poco despues un hombre, dando traspies y sosteniéndose apenas, cruzó el dintel de aquella puerta.

Aquel hombre era Julio!

Julio descuidado, indolente, sin razon ni conocimiento; Julio en un estado completo de repugnante embriaguez, ayebto entre lo mas ayebto, y miserable entre los mas miserables.

Cuando Marta abandonó la casa de D. Diego, tuvo que apoyarse en el brazo del señor de Cas-

tro, por que las fuerzas la faltaban y estaba próxima á caer.

—¡Oh! murmuraba, todas mis esperanzas perdidas ¿qué puedo hacer ahora ¿qué puedo hacer? Su compañero nada se atrevía decirla.

Aquel hombre amaba á Doña Marta como á una madre. Amigo de Enrique desde la infancia, habia pasado á su lado, casi puede decirse que la vida entera, y en aquel trato íntimo y constante, habia podido apreciar los tesoros de bondad que encerraba el alma de aquella muger, á quien siempre encontraba dispuesta á la indulgencia, dispuesta al sacrificio, dispuesta al bien.

Teniendo algunos años mas que Enrique, veía por él, lamentaba sus estravios; le reprendía algunas veces, y de acuerdo siempre con su madre habian podido evitar ó remediar mas de una calaverada de aquel jóven, que sino estaba enteramente pervertido, podia caer con facilidad en el abismo del vicio y en la cima de la perdicion.

El señor de Castro, de un carácter un poco brusco y retraido, era sin embargo bueno, y amigo sincero de sus amigos, así es, que en aquel instante acompañaba á Marta casi tan desesperado como ella, pues conocia el peligro de Enrique y sabia á lo que estaba espuesto, si el desfallo de la caja confiada á su lealtad no se remediaba antes de la hora en que tenia que entregar los fondos.

Y sin embargo, ni una palabra de consuelo podia dar á la buena anciana, á quien veía llorar y temblar por la suerte del hijo de su alma.

Así, suspirando la una, y cabizbajo y ceñudo el otro, llegaron á una hora bien avanzada ya á la casa de la primera.

Por fortuna el esposo de aquella pobre muger se hallaba ausente aquel dia por asuntos de su cargo, y no debia volver hasta el amanecer del siguiente, ó, lo que es lo mismo, algunas horas despues de aquellas tan angustiosas.

Subieron rápidamente la escalera y Marta al llegar á su gabinete se dejó caer en un sillón, con muestras del mayor abatimiento.

—Vamos, un poco de valor, la dijo Castro. Es preciso no abatirse de ese modo.

—Valor! valor, murmuró ella, cuando dentro de algunas horas mi pobre Enrique...!

—Pero ¿no habrá medio? su padre... su padre es rico y bien puede...

—Pero es demasiado rígido, demasiado severo en puntos de honor. ¡Oh! V. no le conoce! incapaz de faltar á su deber, no tolera ni consiente una falta, y mas indulgencia se podia esperar de cualquiera, que de él mismo, tratándose de su hijo.

—Y no tiene V. amigos á quien recurrir, preguntó Castro, agotando todos los recursos que su imaginacion le ofrecía en pró de Enrique.

—Amigos! murmuró Marta con amargura, ¡Oh! sí, muchos me dán ese nombre: pero ¿dónde está la amistad que pueda pasar por el crisol del interés? muchos nos sonrien, estrechan nuestra mano, y nos ponderan su afecto, pero es seguro que si á alguno de ellos le dijera «necesito una cantidad para salvar á mi hijo», retiraría su mano, volvería la espalda, y deshaciéndose en excusas, lamentaría mi infertunio, pero no haría un esfuerzo para evitarlo. Por desgracia la sociedad es así, y el interés se sobrepone á todos los afectos, á todos los mas santos sentimientos del corazón!

Castro comprendía que aquellas palabras encerraban una verdad, y nada tuvo que oponer á ellas.

Dio algunos paseos por la habitacion, mientras que Marta, con las manos cruzadas y llorando en silencio, parecia la estatua de la afliccion.

Un reló vecino dió pausadamente doce campanadas, y Castro dijo.

—La media noche! ¡Oh! es preciso que se recoja V. un poco, y mañana...

—¡Mañana! repitió la pobre muger estremeciéndose: mañana! ¡Oh! yo que creía que para entonces todo estaria remediado!

—¡Quién sabe! quizá esa muger, despues de pasar la noche en una prision, reflexione, y quiera decir...

—¡Oh! no: esa muger no dirá nada! ¿no vió V. que no la han vencido mis súplicas ni mis lágrimas?

—Sin embargo, yo creí... habia tanta lealtad en la mirada de aquel anciano!

—Él es inocente, no cabe duda, y ella...

—¡Oh! en cuanto é ella algo sabe, esté V. cierta, su vacilacion, su silencio y su turbacion al vernos... algo sabe no cabe duda.

—Y á pesar de todo; habia tanto dolor en su semblante! una angustia tan marcada en su voz...

—Si reflexionara... si quisiera decir...

—Es que ¡quedan tan pocas horas! se pasa el tiempo con tal rapidéz, que vá á ser tarde, que todo va á ser inútil!

Y Marta redobló su llanto, y sintió acrecer su desesperacion.

Castro, impotente para consolarla, la aconsejó que reposara algunos instantes, ofreciendo volver muy temprano á ver la resolucion última que podian adoptar.

Marta estrechó su mano y le dijo que iba

á retirarse aunque estaba cierta que no podía descansar un momento.

¡Descansar! ¿qué madre lograria hacerlo, cuando vé amenazado el honor y el porvenir de su hijo adorado?

¡Oh! esto es imposible!

Los pensamientos de Marta al quedar sola, se agolparon en su imaginacion como las olas se agolpan unas sobre otras en una noche de tormenta; y á cada hora el peligro de su hijo se la aparecía con mas terribles colores y con aspecto mas sombrío!

Ya se fingia en su mente aquellos dias por venir. Ya veía en ellos al hijo de su amor, juzgado, sentenciado, mirado con desprecio por los que antes les tendían su mano y le concedían su amistad.

Ya otras veces, fijando sus inciertos ojos en cuanto la rodeaba, creía contemplar á su esposo, enfurecido, loco, atentar á la vida de aquel mismo hijo tan tiernamente amado, golpearle, verter quizá su sange, y maldecirle acaso, creyéndole causa de su deshonor!

La infeliz Marta se horrorizaba y todo lo veía en torno teñido de negro, manchado de sangre!

Pobre madre! pobre mujer, cuyo hogar siempre tan risueño y tranquilo, iba á convertirse en teatro de amargura, de desastre y lágrimas!

Oh! ¿por qué Enrique no presintió las horas de dolor que iba á ocasionar á su infeliz madre? ¿por qué no adivinó la inmensa desventura que iba á arrojar en aquel corazon amante? ¿por qué no se detuvo al borde del abismo á donde ahora debía caer, arrastrándola consigo?

¡Ay! del hijo que arranca una gota de llanto del alma de su madre! ¡ay! del hijo que cubre de luto la frente marchita de la muger que le llevó en su seno!

Marta veía pasar las horas con un terror que en vano trataríamos de describir.

Mil proyectos á cual mas descabellado se agitaban en su cerebro, sin que ninguno fuera suficiente para salvarla.

A veces en su doliente afán sentía impulsos de lanzarse á la calle y correr de puerta en puerta pidiendo á gritos y en todas partes aquel dinero que podía librar á su hijo.

Delirante, sin hallar calma, se levantó y empezó á cruzar la habitacion en todas direcciones.

La primera luz del dia empezaba á teñir levemente de rosa los cristales de el balcon, y aquella luz tan pura y suave, fué para ella como una antorcha de muerte. Sin pensar en lo que hacia, sin conciencia de sus acciones, salió de su estancia y, efecto de su propia inquietud, cruzó algunas habitaciones, y se encontró sin saber co-

mo en el despacho de su esposo.

Allí se sentó de nuevo, y otras reflexiones asaltaron su mente,

Pensó en que el amor de una madre excede á todos los amores; pensó que un padre no es capaz de tan grandes sacrificios por un hijo, como lo es aquella que le ha dado vida en sus entrañas!

—Oh! murmuró, Estéban no ama á nuestro hijo como yo le amo, él podría salvarle, el tiene...

Un pensamiento extraño cruzó por la frente de Marta.

Su esposo era casi rico, su esposo tenía el suficiente dinero para evitar la desgracia de Enrique, y aquel dinero estaba allí, acaso al alcance de su mano; tenía derecho á disponer de él, por que era tambien suyo, como suyo era todo lo que pertenecía á su marido, por que los bienes debían ser comunes entre ambos.

Marta se llevó la mano á la frente y su frente ardía: el insomnio y el dolor de aquella noche pasada le habían producido fiebre y en pos de la fiebre venía el delirio.

Se levantó, se dirigió al secreter de su esposo, y puso las manos sobre aquella tabla, bajo la cual había sin duda una suma, por la cual hubiera dado la vida.

Probó á abrir, pero el cajon estaba cerrado y sintió un momento de vértigo. Entonces recordó con una alegría insensata, que una llave de su tocador venía bien á la cerradura de aquel mueble, por que en otra ocasion Estéban había abierto con ella.

Con una precipitacion febril sacó la llave de uno de sus bolsillos, y con mano rápida la aplicó al cajon.

Marta temblaba de tal modo, que en un principio la fué imposible introducirla.

Despues... despues la fatalidad ó la suerte guiaron su mano, y aquel cajon quedó abierto!

En su fondo vió Marta oro, mucho oro, y su vista se turbó y sus ideas se confundieron, ¡tenía delante la salvacion de su hijo!

Vaciló [un instante, una llamarada de fuego coloreó su rostro... extendió las manos, tocó aquel dinero, y sin darse cuenta de su accion ni de los resultados de ella, tomó lo necesario para que Enrique cubriera su déficit.

Cerró de nuevo, y salió precipitadamente del despacho, yendo á refugiarse en su gabinete, donde con la frente cubierta de frio sudor se dejó caer en un asiento.

Era de dia enteramente ya:

Castro que había pasado las últimas horas inquieto y desvelado, salió de su casa y se dirigió á la de Marta, á quien encontró sentada aun y presa de una agitacion terrible,

Sin embargo, en su rostro se veía una extraña alegría. ¡La madre olvidaba lo que acaba de hacer la muger, para ocuparse sólo del hijo de sus entrañas.

—¿Y bien? preguntó Castro al entrar, ¿qué vamos á hacer? que recurso queda? ya sabe V. que á las diez...

Marta por toda respuesta entregó á Castro el dinero.

El jóven al ver aquella suma, exhaló un grito de alegría.

—Con que al fin...! pero ¿que es esto?

—¡Oh! silencio por Dios! exclamó Marta.

—Pero...

—Nada me pregunte V., y vaya á dar ese oro á Enrique, pero pronto, pronto!

—Sí, sí, en este instante.

—¿Le ha visto V?

—Anoche, despues de separarnos, fui á su cuarto.

—Y ¿como está?

—¡Oh! desesperado!

—¡Vaya V! vaya V por Dios: dígame que su falta me ha costado lágrimas de sangre, que acaso... pero no, no le diga V. nada de esto.... en el estado en que debe estar... ¡Oh! no le hable V. de nada, no haga referencia á mi afán, y procure solamente calmarle.

—Así lo haré; y juro á V. en su nombre que en adelante...

—¡Oh! sí, yo lo creo así! por que mi hijo es bueno, pundonoroso, honrado... ¿es verdad, Castro, es verdad?

—Enrique es un niño, podrá haber padecido el extravío de un momento, pero su corazón es de oro!

Marta fijó una mirada llena de gratitud en el que así le hablaba de su hijo, y tendiéndole la mano.

—Gracias, amigo mio, le dijo, gracias, pero no se detenga V.; el desgraciado sufrirá mucho en estos instantes de incertidumbre. Ahora... voy á pedirle otro favor... el último.

(Continuad.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Insertamos con mucho gusto la adjunta poesía, original de un jóven de muy pocos años que empieza, de un modo tan brillante, á dar sus primeros pasos en la carrera literaria.

Á MARÍA

Descienda con amor al alma mia,
Divina inspiracion pura y sencilla,
Para cantar con célica armonía
Las glorias de tu nombre sin mancilla.

Tú, reina celestial, bella pastora
De pompa y hermosura coronada,
Cuyo socorro el pecador implora
Y que tienes mi alma fascinada.

Tú, bajo cuyo trono los querubes
Entonan dulces himnos de alegría,
Que circundada de celestes nubes
Besa tu planta el luminar del día.

Tú, púdica azucena, linda rosa,
Cándida flor que el cierzo no marchita,
Recibe mi corona, cariñosa,
Para ornar con amor tu sien bendita.

Esparece tu benéfico rocío
Sobre mi jóven y modesta frente,
Préstale tu consuelo al pecho mio
Y luz del cielo á mi intranquila mente.

Dirige amante mis inciertos pasos
Por este triste y árido camino,
Para que unido á tí con dulces lazos,
No vague por el mundo peregrino.

Y cuando el alma, su postrer aliento
Lance entre ruda y tétrica agonía,
Te ruego que al llegar ante tu asiento
La acojas en tus brazos, Madre mia.

ÁNGEL ARCOS Y MOLINERO.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

María estaba á su lado, le observaba profundamente, y hubiera dado la mitad de su vida por poder arrancarlos de allí!

De pronto la jóven lanzó un grito y extendió los brazos con anhelo! Oh! era que un bolcan de sangre, subiendo del pecho oprimido de Pablo hasta su pálidos labios, se abría paso á través de ellos, haciéndole caer privado de sentido!

Ante aquel doloroso espectáculo María sintió desgarrar algo dentro de su ser: tras de tantos dolores, aquel golpe era mortal.

Los que se hallaban en la estancia, quisieron suspender el embargo, quisieron dejarlo para el siguiente día, pero el miserable que les habia hecho ir hasta allí,

—Concluyamos, concluyamos, decia, esto se acaba pronto y es menester que todo quede asegurado.

Pablo fué llevado al lecho, sin conocimiento todavia: á aquel lecho que ya casi no era suyo!

A fuerza de trabajo consiguieron hacerle volver en sí, pero nuevas bocanadas de sangre ponian á cada instante en peligro su vida.

Al fin, los médicos declararon que les era imposible cortar el mal.

María por su parte se sentía tambien morir.

En tan dolorosos instantes, se acordó de su padre por segunda vez.

Su nodriza, que vivia con ellos desde su casamiento, fué la encargada de ir en su busca, y de decirle que Pablo se moria y que María iba á ser madre prematuramente.

La pobre mujer corrió, llorando, á casa de su antiguo señor y le pintó aquel cuadro desolador, aunque sin tener tiempo para referirle las causas de él.

D. Bernardo, que al fin era padre cedió á los ruegos de aquella mujer, y la siguió á casa de María que era su única hija, de María, á quien no habia visto en dos años, y cuya presencia faltaba en aquel hogar, que sin ella estaba desierto!

Ademas, la nodriza habia asegurado que Pablo no vería ponerse el sol, y que la jóven no resistiría quizá aquel golpe, y ante la proximidad de la muerte, el corazón mas insensible, el corazón mas helado, cede y perdona y olvida, por que lo demás sería una infamia!

Cuando D. Bernado, llegó juntó á María, vió que la nodriza en nada habia exagerado, al pintarle su situación.

La infeliz se abrazó llorando á su padre, señalándole el lecho de Pablo, que presa de un síncope mortal, estaba pálido y sin habla.

—Oh! padre, padre mio, gritó la jóven desesperada, él se muere, se muere sin remedio!

—Pero... que es esto! murmuró D. Bernardo aterrado ante el dolor inmenso de su hija.

—Oh! le han asesinado, le han asesinado, padre mio!

—Como! que quieres decir!

—Estaba enfermo... delicado... tenia una aneurisma, y sin embargo, á trabajado mucho por pagar una deuda, á gastado sus fuerzas, pero hoy...

—Qué? preguntó D. Bernardo con acento opaco y cuidadoso.

—Hoy ese hombre no ha querido esperar! han venido... iban á vender nuestros muebles, sus cuadros queridos... y él no ha podido resistir, y...

En aquel instante, Pablo hizo un esfuerzo, un ruido extraño se escuchó en su pecho, y las últimas gotas de su sangre saltaron hasta el traje de D. Bernardo, que se habia acercado involuntariamente.

—Pablo! Pablo mio! gritó María con una voz desentonada y vibrante. Oh! no me responde! no me oye! está frio... sin vida! ¡ay! maldito sea el que ha causado tu muerte! el castigo de Dios caiga sobre su frente, y no halle paz ni reposo en la tierra el que me deja viuda y huérfano al hijo que aun no ha venido á este mundo!

En aquel momento, y mientras la jóven desesperada se habia arrojado delirante sobre el cadáver de Pablo, la puerta se abrió y un hombre apareció en ella.

Era el agente de negocios! era el hombre de confianza de D. Bernardo, que le dijo sin reparar en cuanto le rodeaba.

—Ya vé V. que he cumplido sus órdenes, todo ha quedado embargado segun me dijo, y sus intereses asegurados. Si venia V. á convencerse por sí mismo, puede estar tranquilo, que yo....

María se alzó del suelo como una leona herida.

—Que quiere V.! gritó, ¿que busca V. aquí?

—A mi principal, al Sr. D. Bernardo; poseedor del pagaré que ustedes tenían pendiente, aquí está, él es el dueño del dinero, y podrá asegurarles á V., que yo no he hecho mas que seguir sus instrucciones.

—Mi padre! gritó María cayendo desplomada en el suelo, mi padre!

D. Bernardo miró con espanto en derredor. El cadáver de Pablo le pareció que iba á levantarse del lecho para maldecirle tambien.

Aquella sangre que habia manchado su vestido, le parecia que iba á subir á salpicar su rostro.

Su hija tendida á sus piés, retorciéndose en una convulsion horrorosa, le trastornaba y le enloquecía.

Quería huir, y no podia dejarla abandonada; quería que volviese á la vida, y tenia miedo de escuchar otra vez aquella maldicion horrorosa!

La marquesa se detuvo.

Aquel relato la habia fatigado. Sus oyentes estaban conmovidos, y Julieta y Ana, tenían los bellos ojos anegados en llanto.

—No continuas, abuela! exclamó Julio, muy contrariado tambien.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.